

Sevilla y el bunker europeo

Los sevillanos que estuvieran confusos sobre qué Europa nos están construyendo desde la globalización neoliberal, están saliendo estos días de dudas. La situación en que nos han puesto Sevilla es una fiel metáfora del modelo de sociedad al que intentan conducirnos. Cemento y altas alambradas en varios lugares -para “proteger” ¿a quiénes, de qué?, incluso mucho antes de que vengan a hacer turismo político los gobernantes europeos-; calles cortadas; múltiples controles en todas las entradas a la ciudad y en muchos barrios; el edificio central de la Universidad bloqueado sin consultar con el Rector; traslado de juzgados a dependencias policiales, borrando, al menos en cuanto a imagen, la independencia del poder judicial; intento de imposición de un “manifestódromo” –la calle Torneo- para restringir a él lo que es un derecho democrático y no una concesión de ningún jerarca... Pobre ciudad nuestra, puesta en estado de sitio, aunque sin declaración en tal sentido, ridiculizando los ridículos carteles que nuestro inefable Ayuntamiento ha puesto dando la bienvenida a los visitantes. Hasta van a ser suspendidas las bodas en la catedral...

¿No hay nadie que se atreva a decir que todo esto es violencia contra los sevillanos y una demostración del desprecio que tienen a la ciudad tanto los que dicen haberle hecho el regalo de una Cumbre europea como aquellos que estaban obligados a haber puesto, al menos, las condiciones para aceptar el “regalito”?

Nadie ha desmentido que, incluso desde mandos policiales, se recomendó que, si la Cumbre se realizaba en Sevilla, el lugar elegido fueran los hoteles de la Isla de la Cartuja, de fácil control y sin que la celebración supusiera una interferencia desmedida en la vida ciudadana. Pero la sugerencia fue rechazada porque el objetivo es, precisamente, que todos tengamos que sentir todo el peso de la arbitrariedad del poder; que aceptemos no ser nada ante quienes lo son todo y por eso actúan como les viene en gana, aunque ello no responda a otra racionalidad que la del capricho, ahora enmascarada con la jaculatoria del peligro del “terrorismo globalizado”. Por esta vez, Sevilla no debe dar la bienvenida a unos visitantes que van a convertir a nuestra ciudad en la capital mundial de la violencia. De la violencia contra la ciudad y de la violencia contra la humanidad, porque los mandatarios europeos son directos responsables, con su decidido apoyo a la globalización mercantilista y su papel de meros administrativos del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, de que 24.000 personas mueran cada día en el mundo de desnutrición –siete veces más, 365 días al año, que en el atentado a las Torres Gemelas- como acaba de denunciar en Roma el Secretario General de la ONU, en una conferencia sobre la alimentación a la que no se dignaron asistir la mayoría de los gobernantes de los países ricos.

Como sevillano, no quiero que los prepotentes adoradores del Mercado manchen el nombre de mi ciudad pactando aquí la guerra contra los inmigrantes, es decir, la guerra contra la consecuencia de su propia política respecto al Tercer Mundo. Sevilla podría pasar a la historia como el lugar del gran acuerdo para sellar el bunker europeo: un bunker contra África, Asia y América Indolatina, y en cuyo interior, además, las bolsas de exclusión y la restricción de las libertades convertirían en un sarcasmo la palabra democracia.

Y mucho me temo que a estas violencias se le pueda añadir otra, que sea la más publicitada para esconder aquellas. Me refiero a la pequeña violencia urbana que parecen querer provocar a toda costa los detentadores del poder. ¿O qué otro objetivo

puede buscar la prohibición de un más que razonable trayecto para la pacífica manifestación anti-cumbre y la imposición de otro que se sabe inaceptable, entre otras cosas porque miles de personas no tendrían en él otra salida que tirarse al río, caso de conflicto, y porque podría producir una catástrofe el paso simultáneo por un puente de decenas de miles de personas?

Frente al proyecto de bunker europeo, una Sevilla y una Andalucía abiertas que no colaboren en su construcción. Y que den la espalda a quienes planifican un mundo a imagen y semejanza de lo que estos días es Sevilla: una ciudad no vivible.

ISIDORO MORENO

Catedrático e Antropología Social

Universidad de Sevilla